

LA PERSONA ES RELACIÓN²
(*Con Dios, con uno mismo, con los demás, con la creación*)

Primera parte

1. Presentación

Los Padres cistercienses tuvieron la genial intuición de concebir la comunidad monástica como una **Escuela de Caridad**. En ella todos somos discípulos para aprender el arte de amar.

Lo primero que tenemos que descubrir a este respecto es que **somos relación**, es decir, que estamos hechos para la relación con Dios, con los demás y con nosotros mismos. Y la relación lograda la llamamos **encuentro**. Es por esto por lo que en la Escuela de la Caridad, donde se aprende el encuentro que es el arte de la relación, sean, al mismo tiempo, necesarios e imprescindibles tanto la soledad, que propicia la relación con uno mismo y con Dios, como la fraternidad.

Todo encuentro nos cambia. En el encuentro con una persona descubrimos quiénes somos realmente y nos ponemos en contacto con nuestro verdadero ser. Martin Buber en su obra *Yo y tú*, pone en el *tú* el punto de partida del encuentro de uno mismo. Lo expresa de esta manera: *yo me convierto en tú. Haciéndome yo, digo tú. Toda vida auténtica es encuentro.*

De un encuentro se sale distinto de como se ha entrado. Sólo la mirada afectuosa del otro me cambia. Él me pone en contacto con mi propio afecto, con el amor que con bastante frecuencia duerme escondido en mí y espera ser despertado por una persona querida. La bella durmiente necesita al príncipe que la despierte del sueño con su beso. En el fondo es siempre una transformación amorosa.

Necesitamos la mirada amorosa, el encuentro sin prejuicios para descubrir y levantar el tesoro que hay en nosotros; descubro mi *yo* precisamente en el *tú*. El encuentro con el *tú* me permite reconocer el misterio más profundo de mí mismo. Y este encuentro consigue que mi individualidad salga claramente del caos de mis distintos pensamientos y sentimientos, del desorden de mis roles y de mis máscaras, y crezca cada vez más su verdadera figura.

Los encuentros son puntuales, se realizan siempre en cortos espacios de tiempo. Por el contrario, la relación entre las personas refleja una situación duradera. Muchos son los que se pierden a sí mismos en la relación con otros. Le dan al otro tanto poder sobre ellos que ya no son ellos mismos. Resultan determinados por la opinión del otro, por sus expectativas y sus pretensiones. O bien, sucumben a los mecanismos de proyección, que frecuentemente tienen lugar en las relaciones. Acaban inmovilizados por las proyecciones de otros. La conversión de una persona no está acabada si no cambian sus relaciones.

¹ Monje del Monasterio de Santa María, de Sobrado (La Coruña, España).

² Extracto hecho por el mismo autor del Curso que dictó en el Monasterio de Nuestra Señora de Quilvo, Chile, mayo 2006.

Pero la transformación del individuo producida en el encuentro, repercute en sus relaciones. Podemos observar cómo la transformación de la persona en una relación, cambia esa misma relación. Ambas están estrechamente relacionadas entre sí. Mi conversión cambia mis relaciones y el cambio de la relación repercute en el proceso de mi maduración y crecimiento.

Quien experimenta la transformación del encuentro, no se esforzará excesivamente por el trabajo de la evangelización, sino que éste brotará de la fuente interior con la que ha entrado en contacto. Gozará de una libertad interior que se comunica como por ósmosis, de tal manera que la predicación de la Buena Noticia dejará de ser algo así como un rendimiento compulsivo que requiere todas las fuerzas, porque fluirá suavemente por sí sola de la fuente interior. Su trabajo será fecundo.

Si en aquello por lo que vivo sólo hay discordia, agresividad, intranquilidad o si se convierte en un activismo vacío, continuamente repitiendo lo mismo, será señal de endurecimiento y de que desconozco lo que es el encuentro. Pero si con mi trabajo cambia algo a mí alrededor, si son posibles nuevas relaciones de comunidad, alegría por el proyecto común, ideas nuevas para abordar algo, entonces se pone de manifiesto la transformación de uno mismo.

La pregunta que podemos hacernos ahora es la siguiente, ¿qué amor tiene que darse para que sea posible la comunión cristiana, el encuentro?

Hoy en día el término amor se ha convertido en un eufemismo, lo cual requiere antes de hablar de amor, definir qué es lo que entendemos por tal. Por lo tanto, ¿de qué amor venimos hablando? Clásicamente se han distinguido dos tipos de amor, opuestos entre sí: el *eros* y el *ágape*.

A grandes rasgos, el *eros* es aquel amor que ama al otro por lo que recibe de él; es un amor necesariamente posesivo. Platón lo pintó en su celeberrimo mito como **hijo de la necesidad**. De él podríamos decir aquello de que **te quiero porque te necesito**. El grado de interés, de necesidad por el otro, se convierte en el termómetro a través del cual medimos la calidad de nuestro amor.

El *ágape*, en cambio, no ama al otro por lo que puede esperar de él, sino aunque no pueda esperar nada de él; su alegría no es lo que recibe del otro sino que se alegra en el otro mismo, en el mero hecho de que existe. Por eso no es un amor posesivo: no espera recibir nada, ni siquiera el título de bienhechor y el reconocimiento de él.

Aunque esta pintura haya sido muy rápida, basta para nosotros ahora. Quiero añadir, que en nosotros los hombres, no deberíamos extremar ni esgrimir demasiado esa contraposición, aunque nos sea imprescindible. El hombre es un ser terrible e increíblemente necesitado, y dejar de reconocer esa tremenda pobreza propia puede ser no un signo de *ágape*, sino de orgullo. Por otro lado, en nuestra existencia humana se dan ambas realidades como mezcladas, no siempre como totalmente opuestas: un *eros* bien llevado puede llegar a convertirse en auténtico *ágape*, en verdadera ternura; mientras que un presunto *ágape* puede degradarse en un *eros* orgulloso y sutilmente camuflado.

A lo mejor debe tratarse de un amor que no es el **te quiero porque te necesito** del *eros*, ni tampoco el **porque no te necesito entonces te quiero** del *ágape* (posiblemente mal entendido), sino más bien el **te necesito porque te quiero**, al que reconocemos como el amor con auténtica solera.

El mismo amor sexual deja ver una de sus facetas más bonitas en su capacidad de suscitar compasión, en el sentido más positivo del término: cierta como incapacidad del hombre para ver sufrir a la mujer, y de la mujer para ver dolorido al hombre. Con todo, es verdad también que no hay nada más terrible que *ahogar* a otro queriéndolo, o diciendo quererle, ni nada más trágico que no saber darse cuenta de eso (ya dice el refrán que hay amores que matan). El verdadero amor siempre es creador y donador de libertad, mientras que el *eros* puede privar de ella en más de un momento. Pero, a pesar de todo eso, la psicología humana es infinitamente compleja para que creamos poder despacharla con cuadros sinópticos.

“No hay que esgrimir demasiado, contra el hombre, la distinción *eros-ágape*. Ese moralismo nos hace perder de vista hasta qué punto el hombre es un ser necesitado de afecto y gratificación y nada más que eso: cualquier psicólogo sabe muy bien cómo la falta de esos ingredientes, durante los momentos en que el hombre cuaja como hombre, supone sin más su frustración (quizás definitiva) como ser humano. El ser de necesidades no puede ser el ser de la gratuidad. Y sin embargo, *si aquella es nuestra realidad, ésta es nuestra verdad*. He aquí por qué dijimos en otro momento que el hombre es un ser a quien se le exige más de lo que puede dar. Ahí está otra vez la contradicción en el hombre. Si el amor se define como dar, como donación de sí, el darse es constantemente experimentado en el hombre como una muerte (cuando no es utilizado como una especie de trampa cazadora para recibir a través de su donación la gratitud, la dependencia, la reciprocidad, el reconocimiento del otro). Y al hombre no pertenece el morir. Todos nuestros proyectos, grandes o pequeños, de comunidad y comunión, fracasan porque concebimos, con razón, la comunidad como gozo, como *ser-con*, y luego contrastamos que la experimentamos como totalitarismo, como muerte; y a la verdad del hombre no pertenece la muerte sino el gozo. La posible solución de hallar un equilibrio en la idea de un *intercambio* –dar y recibir–, es una solución bien precaria, pues el amor queda ahogado en cuanto se la somete al cálculo y al libro de cuentas. El amor sólo es verdaderamente gratificante cuando no se ha buscado la gratificación en él; sólo permite recibir cuando no ha exigido recibir; y cuando no se lo busca por el propio interés (así sea el interés más legítimo de una estabilidad psicológica absolutamente necesaria y que necesita del cariño para eso) o cuando se lo quiere provocar a la fuerza o se lo reclama como un derecho, entonces paradójicamente se le impide nacer y se lo ahoga antes de nacer, o se lo frustra por completo. Por todas partes nuestras reflexiones van a abocar a la contradicción entre necesidad y gratuidad” (José Ignacio González Faus).

Con todo lo dicho, podemos concluir al respecto que el **amor del encuentro** ha de ser un **amor ágape**, gratuito, pero penetrado de esa dosis de interés y necesidad por el otro que propicia la reciprocidad, y nos hermana en un destino y en una vulnerabilidad común.

2. Breve apunte de antropología cisterciense

Vamos a partir de una idea muy sencilla que posiblemente hayáis escuchado muchas veces. Es una idea repetida hasta la saciedad por nuestros Padres y de la cual se extrae toda una visión y unas consecuencias sobre quién es el hombre, cómo es su realidad, cuál es el camino que le conduce a la salvación y también a la felicidad.

Esta idea es la siguiente: Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza. Por el pecado el ser humano perdió la semejanza con Dios y quedó desterrado al país de la desemejanza; pero no perdió la imagen. ¿Qué quiere decir esto? A ver si lo entendemos con un ejemplo muy sencillo: es algo así como si tuviéramos una moneda de oro. Si la tomamos en la mano vemos que es una moneda hermosa, brillante, reluciente, de oro, y que además parece de oro porque es dorada, brilla, etc., tiene todas las cualidades del oro. Ahora imaginemos que a esta moneda la perdemos, cae en tierra y se llena de barro. Si alguien la encuentra después de mucho tiempo se encontrará una moneda sucia, llena de barro, y que no parece de oro. Sigue siendo de oro, pero no lo parece. Si la lavamos y la limpiamos volverá a parecer de oro, pero esto sólo es posible porque a pesar de estar sucia sigue siendo de oro. La moneda perdió su apariencia de oro, pero nunca dejó de ser de oro.

Esto significa haber perdido la semejanza, pero no haber perdido la imagen. Es decir que, aplicándolo a nuestra realidad, aunque por el pecado no aparentemos ser hijos de Dios, nuestra verdad es que somos y que nunca hemos dejado de ser hijos de Dios.

Porque Dios Padre nos eligió con Cristo antes de crear el mundo para que estuviéramos consagrados y sin defecto a sus ojos por el amor; destinándonos ya entonces a ser adoptados por hijos suyos por medio de Cristo –conforme a su querer y a su designio– para ser un himno a su gloriosa generosidad (Ef 1,4-6).

Como veis, esto es increíble: somos hijos de Dios. Aunque no aparezcamos como hijos suyos (lo cual denominamos **nuestra realidad**), somos y siempre hemos sido hijos de Dios (lo cual llamamos **nuestra verdad**). Este Dios que es Padre Bueno, que nos ama con locura, que siempre nos pensó en Cristo, hace lo imposible para que vivamos a la altura de nuestra condición de hijos de Dios. Nos ha destinado a ser dioses, a la divinización, de tal manera, que sólo podremos ser verdaderamente felices cuando regresemos del país de la desemejanza en el que nos encontramos, al país de la semejanza que se corresponde con nuestra imagen de hijos de Dios que nunca perdimos.

Es decir, solamente seremos nosotros mismos, lo que tenemos que ser; sólo nos encontraremos a gusto con nosotros mismos y con los demás; en definitiva, solamente seremos felices en la medida en que la semejanza coincida, se corresponda con la imagen.

Dicho de otra manera: solamente en la medida en que vivamos como hijos de Dios, porque nuestra verdad es que somos hijos de Dios, seremos felices de verdad. Volviendo a nuestro ejemplo: la moneda podrá ser valorada y utilizada como tal, cuando, al recobrar su semejanza, coincidan su brillo, color, etc., con las cualidades del oro. Será y parecerá lo que es y siempre ha sido: una moneda de oro.

Conozco una historia con la que me gustaría concluir lo que hemos dicho hasta ahora, para que no repitan ustedes lo mismo:

Hubo un indio guerrero que encontró un huevo de águila en la cima de una montaña y puso ese huevo de águila junto con los huevos que iban a ser empollados por una gallina. Cuando el tiempo llegó, los pollitos salieron del cascarón, y la pequeña águila también.

Después de un tiempo, ella aprendió a cacarear como las gallinas, a escarbar la tierra, a buscar lombrices, limitándose a subir a las ramas más bajas de los árboles, exactamente como todas las otras gallinas. Y su vida transcurría en la conciencia de que era una gallina.

Un día, ya vieja, el águila terminó mirando al cielo y tuvo una visión magnífica. Allá, en el azul claro, un pájaro majestuoso volaba en el cielo abierto, como si no necesitase hacer el más mínimo esfuerzo. El águila vieja quedó impresionada. Se volvió hacia la gallina más próxima y dijo:

– “¿Qué pájaro es aquél?”.

La gallina miro hacia arriba y respondió: “¡Ah! Es el águila dorada, reina de los cielos. Pero no pienses en ella. Tú y yo somos de aquí abajo”.

Y el águila no miró nunca más hacia arriba y murió en la conciencia de que era una gallina. De esa manera, así como todo el mundo la trataba, de esa manera creció, vivió y murió.

Una vez finalizado este tema de la antropología cisterciense, hablaremos a continuación de **cuál es la situación de *des-encuentro* (la realidad del hombre)**, y seguidamente de **cómo realizar el camino que lleva de su realidad a su verdad (el camino del encuentro)**. El tema que acabamos de exponer pretendía decirnos **quién es el ser humano para los cistercienses**, se nos ha dado una visión **del hombre creado para el encuentro**, es decir, de **su verdad**.

Por lo tanto, hemos visto el hombre creado para el encuentro, veremos a continuación al hombre en situación de *des-encuentro*, y concluiremos con los medios que necesitamos para realizar el camino que va del *des-encuentro* al encuentro.

Formulado de otra manera: del ser humano creado para el encuentro diremos que vive conforme a su semejanza, que mantiene sana su memoria. En cambio, del ser humano en situación de *des-encuentro*, diremos que vive en la desemejanza y tiene la memoria enferma. Y al camino que conduce de la desemejanza a la semejanza, del *des-encuentro* al encuentro, lo llamaremos sanación o purificación de la memoria.

Hablando del hombre partimos de su verdad, proseguiremos con su realidad, y finalizaremos con su camino de conversión.

Por consiguiente, nosotros ya no apreciamos a nadie por las apariencias y, aunque una vez valoramos a Cristo por la apariencia, ahora ya no. Por consiguiente, donde hay un cristiano, hay humanidad nueva; lo viejo ha pasado; mirad, existe algo nuevo (2 Co 5, 16-17).

3. La situación de des-encuentro

3.1. Introducción

Dos cuentos nos van a servir de introducción a este tema. Vamos con el primero:

Un rey recibió como obsequio dos pequeños halcones y los entregó al maestro de cetrería para que los entrenara.

Pasados unos meses, el maestro informó al rey que uno de los halcones estaba perfectamente entrenado, pero que al otro no sabía qué le sucedía. A pesar de su aspecto maravilloso y saludable no se había movido de la rama donde lo dejó desde el día que llegó. El rey mandó a llamar a curanderos y sanadores para que vieran al halcón, pero nadie consiguió hacerlo volar.

Al día siguiente, el monarca decidió comunicar a su pueblo que ofrecería una recompensa a la persona que hiciera volar al halcón.

A la mañana siguiente, vio al halcón volando ágilmente por los jardines. El rey dijo a su corte: “Traedme al autor de este milagro”.

La corte llevó ante el rey a un humilde campesino ante el cual el rey preguntó: “¿Tú hiciste volar al halcón? ¿Cómo lo hiciste? ¿Acaso eres un mago?”.

Intimidado, el campesino le dijo al rey: “Fue fácil mi señor. Sólo corté la rama y el halcón voló. Se dio cuenta de que tenía alas y salió volando”.

A veces hay que forzar a las personas para que vuelen por sí mismas, para que se den cuenta de sus capacidades reales, para que encarnen y usen el don que el Creador ha dado a cada ser

humano. Es urgente que no perdamos el tiempo colgados de la rama donde nos depositaron, cuando podemos volar y posarnos en la que decidamos por nosotros mismos.

El segundo cuento:

Un filósofo paseaba por un bosque con su discípulo. Conversaban sobre la importancia de los encuentros inesperados. Según el maestro todo lo que está delante de nosotros es siempre una sorpresa que nos ofrece una oportunidad de aprender, de enseñar y de crecer.

En ese momento cruzaban el portal de una granja, que aunque muy bien situada en un hermoso paraje, tenía una apariencia miserable.

–Vea este lugar– comentó el discípulo–, usted tiene razón: acabo de aprender que mucha gente está en el paraíso, pero no se da cuenta, y continúa viviendo en condiciones miserables.

–Yo dije aprender y enseñar– replicó el maestro. –No basta constatar lo que sucede: es preciso verificar las causas, pues sólo entendemos el mundo cuando entendemos las causas.

Llamaron a la puerta y fueron recibidos por los moradores: un matrimonio y tres hijos, con las ropas sucias y rotas.

–Usted está en medio de este bosque y no hay ningún comercio en los alrededores– dijo el maestro al padre de familia–, ¿cómo sobreviven aquí?

Y el hombre, calmadamente, respondió:

–Amigo mío, tenemos una vaquita que nos da unos litros de leche todos los días. Una parte de ese producto lo vendemos o lo cambiamos en la ciudad vecina por otro tipo de alimentos; con la otra parte producimos queso, cuajada y mantequilla para nuestro sustento. Y así vamos sobreviviendo.

El filósofo agradeció la información, contempló el lugar durante unos instantes y se marchó. En mitad del camino dijo al discípulo:

–Busca esa vaca, llévala hasta ese precipicio que tenemos enfrente y títala abajo.

–¡Pero si es el único medio de sustento de aquella familia!–, replicó el discípulo.

El filósofo permaneció mudo. Sin otra alternativa, el muchacho hizo lo que le habían ordenado y la vaca murió en la caída. La escena quedó grabada en su memoria.

Pasados muchos años, cuando ya era un exitoso empresario, el discípulo decidió volver al mismo lugar, confesar todo a la familia, pedirles perdón y ayudarlos financieramente.

Cuál no fue su sorpresa al ver el lugar transformado en una bella finca, con árboles floridos, coche en el porche y algunos niños jugando en el jardín. Se desesperó al pensar que aquella humilde familia había tenido que vender la propiedad para sobrevivir. Apresuró el paso y fue recibido por un casero muy simpático.

–¿Adónde fue la familia que vivía aquí hace diez años?– preguntó.

–Continúan siendo los dueños– fue la respuesta.

Asombrado, entró corriendo en la casa y el propietario lo reconoció. Le preguntó cómo estaba el filósofo. Pero el joven estaba ansioso por saber cómo había conseguido mejorar la granja y situarse tan bien en la vida.

–Bien, nosotros teníamos una vaca, pero se cayó al precipicio y murió– dijo el hombre. –Entonces, para mantener a mi familia, tuve que plantar verdura y legumbres. Las plantas tardaban en crecer, así que comencé a cortar madera para su venta. Al hacer esto, tuve que replantar árboles y necesité comprar semillas. Al comprarlas me acordé de las ropas de mis hijos y pensé que tal vez podía cultivar algodón. Pasé un año difícil, pero cuando la cosecha llegó, yo ya estaba exportando legumbres, algodón y hierbas aromáticas. Nunca me había cuenta de todo mi potencial aquí. ¡Fue una suerte que aquella vaca muriera despeñada!

Venimos diciendo que la relación con Dios, consigo mismo, con los demás y con la creación, el encontrarnos en situación de relación como tal, es condición *sine qua non* para caer en la cuenta de la situación de desemejanza en la que vivimos, que nos invita a ponernos en camino.

Este camino de purificación de la memoria puede hacerse a muchos niveles, pero el que a ustedes les interesa es el de la particular iglesia monástica. Hay un refrán que dice que *para llegar muy lejos, hay que comenzar muy cerca*. Por eso es importante que veamos la necesidad que cada

una tiene, como monja o monje y como miembro de una comunidad monástica, de purificar su memoria.

Podemos empezar por lo más sencillo: ¿qué es la memoria? Vamos a intentar responder a esta cuestión no de una forma teórica, intelectual o erudita, sino de una forma vital, remitiéndonos a nuestra propia experiencia.

En sus vidas ocurren acontecimientos que los afectan, información que han recibido, y que de alguna manera ha quedado grabada y registrada en la memoria.

Por ejemplo: Hemos aprendido que el fuego da luz, produce calor y también quema. Es muy posible que después de la primera vez que me quemé con el fuego haya tenido mucho cuidado de acercarme a él, porque sabía que podía quemarme. Tanto es así, que ante la sola presencia del fuego, mi memoria, de forma automática, me indica: “¡cuidado!”.

Muchos de estos aprendizajes, grabados y registrados en la memoria, son necesarios, para poder sobrevivir física y biológicamente, pues sin ellos haría ya mucho tiempo que habríamos muerto.

Pero además de estos aprendizajes vitales, necesarios e imprescindibles, hay otros muchos grabados en nuestra memoria, que son más bien de orden psicológico, registrados fundamentalmente durante los primeros años de la vida y cuyos responsables han sido la familia, la educación, el propio perfil psicológico, la cultura social y religiosa. Estos han ido condicionando la visión que tenemos de las cosas, del mundo, los comportamientos, etc., de tal manera que mi conducta es a menudo la de un autómatas, como una máquina que reacciona automáticamente, condicionada, sin reflexión y sin libertad de juicio ante muchos estímulos.

Vamos a poner algunos ejemplos para que se entienda mejor lo que estamos diciendo:

- Si he tenido un padre autoritario, es muy posible que a lo largo de mi vida tenga miedo a todas aquellas personas que representen una figura parental, y a toda figura de autoridad. Se podrá prever, con muchas posibilidades de acierto, que tendré conflicto con la autoridad.
- Si he sido educado en un ambiente competitivo, repetiré con mucha probabilidad patrones de competición; me asomaré a la vida como a un lugar en el que es necesario luchar para sobrevivir, para destacar y para estar por encima de los demás.
- Si mis educadores me repetían una y otra vez que hacía las cosas mal, entonces desarrollaré un complejo de inferioridad y, haga lo que haga, sentiré que todo lo hago mal y que valgo menos que los demás.
- Si he recibido una formación muy rígida y estricta, será muy posible que yo sea también una persona rígida y estricta, con una enorme inclinación a sentirme culpable cuando cometa un error o una falta.
- Si siempre me han enseñado que los africanos son inferiores, entonces cuando me encuentre con un africano le consideraré de una raza inferior, y seré proclive a desarrollar una xenofobia.

Es importante indicar que los patrones que se desarrollan en muchas ocasiones son de signo contrario, como una manera de defenderse del patrón condicionado. A este mecanismo de defensa se lo denomina *formación reactiva*. Vamos a poner un ejemplo: En el caso comentado anteriormente acerca de una formación rígida y estricta, uno puede desarrollar un patrón de laxismo y dejadez como reacción al patrón recibido. Pero ocurre que, tanto en un caso como en el otro, el sentimiento de culpabilidad no desaparece. Respondiendo reactivamente pretendo evitar la culpabilidad, pero aún así no lo consigo. En este caso, la rigidez o la dejadez son como las dos caras de la misma moneda.

Y así podríamos ir señalando multitud de ejemplos con los que comprobaríamos lo condicionados que estamos. En el fondo se trata de que hemos recibido una herencia, que tenemos una historia personal llena de condicionamientos, prejuicios, exigencias, miedos, traumas, creencias irracionales, ideologías, concepciones de la vida, comparaciones, competitividades, necesidades creadas, deseos buenos, deseos malos, juicios condenatorios, juicios absolutorios, identificaciones tribales, identificaciones nacionalistas, identificaciones religiosas, políticas, raciales, etc. Y con este patrón abordamos la vida, nos relacionamos con los demás, con la naturaleza, con todo lo creado. Lo hacemos a través de nuestra historia personal condicionada por la formación que hemos recibido; y, desgraciadamente, a menos que purifiquemos y sanemos la memoria, podríamos seguir aplicando, una vez tras otra, los mismos patrones a lo largo de nuestra vida. Somos como máquinas que están programadas para repetir indefinidamente, y sin variación, lo mismo.

Y cuando nos referimos a la memoria, no nos referimos solamente a la cabeza, a los pensamientos, sino también a todo lo que tiene que ver con los sentimientos, las emociones y los afectos. Dicho de otra manera, es como si estuviéramos programados como los ordenadores, determinados por la herencia recibida, con lo cual nuestra vida es de segunda mano, es decir, que aunque pensemos que somos nosotros mismos quienes actuamos, sentimos y pensamos, en realidad hay una enorme dosis de automatismo y programación ya determinada en todo ello.

Mientras permanezcamos ciegos al programa que dirige nuestras vidas, es muy difícil que comencemos a tomar decisiones desde la libertad, que podamos iniciar un camino de conversión, que podamos peregrinar del país de la desemejanza al país de la semejanza. En definitiva, mientras no despertemos a nuestra situación de falta de autonomía, será muy improbable que podamos ser responsables, hacernos cargo de nuestra vida, con la libertad propia de los hijos de Dios.

Y todo esto de lo que venimos hablando, no se queda sólo en el plano psicológico sino que afecta también a nuestro cuerpo. Porque el cuerpo es muy sabio, y cuando lo psicológico no funciona bien, el cuerpo se resiente. Y así ocurren las somatizaciones: dolores de cabeza, dolores de estómago, dolores de espalda, estreñimiento, diarrea, etc., que son como pilotos rojos, alarmas que están indicando que algo no va bien, que no funciona por dentro, que así no se puede seguir viviendo, que es necesario vivir de una manera distinta a la que conocemos. Lo que ocurre es que tantos condicionamientos nos obligan a vivir muy limitadamente y eso nos hace sufrir. Nos mantienen en el país de la desemejanza, y la desemejanza nos hace sufrir, y esto se refleja y se manifiesta en el cuerpo.

Pero no sólo se manifiesta en el cuerpo sino también en el alma, en el espíritu. Muchas veces nuestra vida espiritual es raquílica, rígida, estrecha, no liberadora, sino, más bien, todo lo contrario; en lugar de dilatarnos y ensancharnos, nos encoge y empequeñece.

Eso es debido a que nuestro horizonte es muy reducido; y también lo es Dios. Con este programa que tenemos introyectado nos es difícil descubrir al Dios del que hablábamos el día de la antropología cisterciense: como Padre, misericordioso, benevolente, que nos ama

incondicionalmente, que nos libera de todas nuestras ataduras y condicionamientos invitándonos a vivir con anchura. Es el Dios de la vida y no de la muerte.

Pero tener esquemas tan estrechos, tener un patrón tan condicionado, guiarnos por un programa que nos determina anulando la propia autonomía, todo eso nos impide ver al Dios vivo y verdadero, y entonces nos hacemos una imagen de Dios pequeña, a nuestra medida; un Dios juez que castiga y condena, que nos mira con severidad, que está a la caza del más mínimo error para echárnoslo en cara culpabilizándonos.

O si no, es el Dios que premia a los buenos y castiga a los malos; es decir, que recompensa a los míos y destruye a los de enfrente. O bien, es el Dios que justifica las desigualdades, o la inquisición, o la guerra de religiones. O puede ser ese Dios exigente, que impone una ley mucho más dura que la ley del Antiguo Testamento.

Fíjense que lo que sucede en todos estos ejemplos es que Dios es una proyección de mis condicionamientos. Está hecho a mi medida. Es un ídolo. Con otras palabras: es como si yo pusiera en Dios o en aquél que yo llamo Dios, lo que hay dentro de mí, mi programa. Como ven, no se puede separar lo que llevo dentro de mí, del Dios a quien adoro y, por lo tanto, la sanación de la memoria conlleva también una purificación de las imágenes de Dios.

–Usted perdone– le dijo un pez a otro–, es usted más viejo y con más experiencia que yo y probablemente podrá ayudarme. Dígame: ¿dónde puedo encontrar eso que llaman Océano? He estado buscándolo por todas partes, sin resultado.

–El Océano– respondió el viejo pez–, es donde estás ahora mismo.

–¿Esto? ¡Pero si esto no es más que agua...! Lo que yo busco es el Océano– replicó el joven pez, totalmente decepcionado, mientras se marchaba nadando a buscar en otra parte.

Deja de buscar, pequeño pez. No hay nada que buscar. Sólo tienes que estar tranquilo, abrir tus ojos y *mirar*. No puedes dejar de verlo.

Hay varias maneras equivocadas de afrontar la memoria enferma y de intentar sanarla:

a) La primera consiste en **negarme a cambiar mi memoria condicionada y programada**. Uno no quiere correr el riesgo de salir de la propia situación de desemejanza. Resulta más cómodo seguir viviendo como uno sabe, con lo conocido, que adentrarse en un camino desconocido, en el que se me van a caer muchos esquemas y muchos ídolos. Uno prefiere seguir dormido y no despertar, antes que el riesgo, la aventura, la inseguridad, el desinstalamiento que supone ponerse en camino, lanzarse a la conquista de la propia libertad.

Es necesario recordar que el camino de la libertad es una senda árida, de desierto, y, aunque uno reconozca que está esclavo, es más seguro tener la comida asegurada. Algo así como lo que le ocurría a Israel en su trayecto por el desierto, que ante las dificultades, añoraba la esclavitud de Egipto donde, a pesar de todo, tenía asegurado el sustento y la vida.

b) La segunda forma equivocada es la de **ignorar que tengo una memoria condicionada**. No reconocer que me encuentro en una situación de desemejanza. “Yo tengo las cosas claras, los criterios bien formados; yo estoy en la verdad. Siempre hago todo con rectitud y desde Dios, guiado por su Espíritu”.

El problema es siempre de los demás. Nadie me comprende y soy víctima de la incompreensión de los otros. Siempre existen razones y argumentos para justificar mis comporta-

mientos y actitudes. Toda corrección la interpreta como incomprensión. Curiosamente ocurre, además, que son personas muy lúcidas para con las demás, pero muy ciegas para sí mismas. Se les podría aplicar aquello del Evangelio: *se fijan en la mota ajena y no se dan cuenta de la viga que tienen en el suyo (Mt 7, 3)*.

c) La tercera forma incorrecta de afrontar es la de la **reacción**. Es actuar al contrario del programa. Uno piensa que puede liberarse de sus condicionamientos reaccionando en contra del programa. Son las personalidades reactivas que tienen que llevar siempre la contraria. Manifiestan su carencia, haciendo alarde de demostraciones. Un ejemplo muy claro es el de aquellas personas fanfarronas que con su vanidad están demostrando su complejo de inferioridad.

Otro ejemplo sería el de aquellas personas sistemáticamente rebeldes con la autoridad; lo que en realidad les pasa es que dependen de las figuras de autoridad y tienen conflicto con ellas. El conflicto con la autoridad puede manifestarse de dos formas, como las dos caras de la misma moneda: como sumisión, que es la expresión de la dependencia, o como rebeldía, que es expresión de la anti-dependencia. Cuando se tiene muy presente a la autoridad y no se puede prescindir en absoluto de ella, para bien o para mal, eso revela que se depende mucho de ella, y que por lo tanto existe problema con ella.

3.2. Las interpretaciones

Volviendo al tema de la memoria, podríamos ir añadiendo algunas cosas más. Nos vamos a detener ahora en el tema de las interpretaciones. Esta memoria biográfica que nos determina y que configura, en definitiva, nuestro perfil psicológico, va a condicionar nuestra visión del mundo, nuestra manera de relacionarnos con los demás, con nosotros mismos, con Dios y con todo. Como consecuencia de esto, no veremos las cosas tal como son en realidad. Los datos y los hechos están ahí, pero cada cual los percibe de una manera diferente. Los percibimos según la interpretación que demos a los acontecimientos. Esta interpretación nace de unas creencias, introyectadas en el fondo de nuestro inconsciente, fuertemente arraigadas, y que son producto de esta memoria biográfica.

Vamos a intentar explicar lo dicho con un ejemplo sencillo que ayude a clarificar. Imagínense que tenemos un vaso que tiene agua por la mitad. Ante este hecho que está ahí ante nosotros y que todos podemos percibir, si vamos preguntando a diversas personas qué es lo que están viendo, podríamos hacer dos grupos entre ellas: uno que diría que “el vaso está medio vacío”, y el otro que diría que “el vaso está medio lleno”. Fíjense que el dato es el mismo y, sin embargo, las interpretaciones son distintas y hasta opuestas.

Un ejemplo como éste pone de manifiesto las concepciones distintas de la vida, la manera con la que afrontamos la vida y la realidad. Son creencias muy arraigadas en la persona que condicionan todo un estilo y un talante vital. Es algo que se ha ido gestando a lo largo de toda la biografía personal y que está hecho a base de retazos de herencia genética, perfil individual, formación, educación, etc. Son creencias del tipo: “mientras no me demuestren lo contrario la gente es mala” o “mientras no me demuestren lo contrario la gente es buena”.

Nuestras relaciones con los demás están también mediatizadas por este tipo de creencias. En definitiva indican nuestra actitud global, nuestro talante ante la vida: si somos confiados o desconfiados, optimistas o pesimistas, dóciles o críticos, etc.

Y estas interpretaciones que hacemos de los datos, de los hechos, son normalmente irracionales e inconscientes, y están tocando fibras afectivas profundas. ¿No les ha pasado encontrarse a menudo, por ejemplo, con dos hermanas que tienen temperamentos parecidos, que

tienen el mismo comportamiento, y ante las cuales a una la justificamos y a la otra la condenamos? ¿Qué está pasando ahí? Pues sencillamente que nuestro afecto está por el medio. Por lo que sea o porque sí, una me cae simpática y la otra no. Con una hay afecto positivo de por medio mientras que con la otra no lo hay. Como ven ya no es cuestión de hechos, porque el hecho es el mismo, sino de afectos. Cuando queremos a una hermana somos capaces de justificarlo todo, o si no la abordamos con caridad y acogida incondicional, aunque tengamos que corregirla.

Acaba de salir la palabra afecto. Veremos cómo la **afectividad**, a partir de ahora nos saldrá continuamente, porque en el fondo de todos los condicionamientos está la afectividad. Si la memoria está enferma, si estamos heridos, en realidad quien se siente vulnerada y vulnerable es la afectividad, es decir, la necesidad y el deseo básicos de querer y ser queridos, y ante ello reclamamos, suplicamos, nos defendemos, con el fin de sentirnos satisfechos.

3.3. Los prejuicios

Otro punto importante a tener en cuenta es el de los prejuicios. Por ejemplo, por la memoria histórica y biográfica, los mexicanos y los norteamericanos son dos pueblos hostiles entre sí. Para el pueblo mexicano, el pueblo norteamericano es dominante e imperialista. Para el pueblo norteamericano, el pueblo mexicano es inferior y por lo tanto proclive a estar sometido bajo su dominio. Todo ello responde a una herencia recibida, son carteles ancestrales, prejuicios tribales que les impiden el encuentro personal con fulanita o menganita, independientemente de si es norteamericana o mexicana. Son etiquetas sumamente arraigadas en el inconsciente colectivo tribal que nos bloquean, que no permiten el acercamiento ni el encuentro sin hostilidad. Son prejuicios que están cimentados para los norteamericanos en el orgullo de raza superior y en la prepotencia, y para los mexicanos en el resentimiento y el rencor. Es como un veneno inoculado muy en lo profundo del pueblo y de cada persona, que a quien hace de verdad daño es al propio pueblo o a la persona que lo tiene.

Todos los prejuicios me impiden ampliar mi horizonte, me tienen congelado en una visión heredada y recibida y por lo tanto de segunda mano, me impiden tomar la vida en mis propias manos, hacerme cargo de ella, e ir adquiriendo mi propia visión de la vida y de las cosas; en definitiva, son un freno importante para ser una persona responsable, adulta y evangélica.

Los prejuicios no dejan que el afecto se exprese, que fluya con normalidad, y por lo tanto, obstaculizan la obra del Espíritu Santo en mi vida para que vaya convirtiendo mi corazón duro, de piedra, en un corazón de carne.

Y estos prejuicios son de todo tipo: raciales, tribales, de religiones, de *status*, etc. Por ejemplo, el prejuicio de *status* es el que se refiere a las ideas preconcebidas que tenemos acerca de los grupos intracomunitarios que son distintos a aquél en el que nos encontramos: los prejuicios que pueden tener las profesas con respecto a las novicias, de que son de segunda categoría; o las novicias con respecto a las profesas, de que tienen manga ancha para ellas y corta para el noviciado; o el grupo más nuevo con respecto al mediano, de que es el menos modélico y más problemático; o el mediano con respecto al de mayor edad, de que está anquilosado, etc. Este tipo de prejuicios van a condicionar mucho mis relaciones en la comunidad, ya que me relacionaré con fulanita o con menganita no por lo que son, sino por el *status* en el que se encuentran. Por supuesto que no vamos a ignorar que los *status* existen, y que incluso son necesarios, al menos en este caso, pero una cosa es verlo con prejuicio, y otra muy distinta como aspecto de una estructuración necesaria en la comunidad para su buena marcha, por pedagogía de formación, por con-naturalidad con los diversos

ciclos vitales, y todo ello con la óptica evangélica de que la diversidad de carismas, funciones etc., es una riqueza para la edificación del único Cuerpo de Cristo.

3.4. Las identificaciones

Y este tema de los prejuicios nos conduce al de las identificaciones, que está estrechamente unido al anterior. Las experiencias que voy acumulando a lo largo de mi biografía me hacen tomar conciencia de lo que creo que soy, porque en el curso de mi historia personal voy identificándome con una raza, un pueblo, una nación, una cultura, una lengua, una idiosincrasia, una religión, etc. Me identifico por oposición a todos aquellos que no poseen esto que yo poseo. Necesito autoafirmarme, distinguirme de los demás. Estas identificaciones van bajando a niveles aún más concretos: mi ciudad, mi aldea, mi familia, mis gustos, mis aficiones, mis creencias, mis ideales, mis proyectos, mis opciones, etc. Soy lo que soy, porque me distingo en todas estas cosas de los demás.

Con lo dicho, no quiero negar la importancia que, evidentemente, posee el contexto vital, que nos acompañó y acompaña a lo largo de nuestra historia, y el protagonismo que tiene en la configuración de los que somos y en nuestro crecimiento y desarrollo como personas. Esto es una realidad que no se puede eludir. Ahora bien, cuando uno se va haciendo adulto tiene que tomar opciones en la dirección de darle a su vida la orientación por la que opta, y saber cribar todo aquello que no colabora, sino que dificulta la configuración de una identidad como ser humano.

En el proceso de construcción de lo que llamo identidad, que en realidad tendría que denominar imagen de mí mismo –ya que la identidad no es tal por el sencillo hecho de que no es creativa desde la responsabilidad y la libertad, sino gestada a base de oposiciones–, voy adquiriéndola en la medida en que levanto muros, acoto espacios, y trazo fronteras. Y esto en lugar de abrirme horizontes, de proporcionarme un talante universal, católico (católico quiere decir universal), me estrecha más y más. Me va dando un sentido de lo mío por oposición a lo otro. Y esto otro lo percibo como diferente, como hostil, como enemigo, como amenazante. Establezco mi vida a la defensiva. Me voy introduciendo en una dinámica en la que adquiero una capacidad extraordinaria para captar lo que me distingue y separa, y en la que pierdo sensibilidad para descubrir lo que me une e iguala.

Si indago un poco en el porqué de esta dinámica de identificaciones, encontraré que en la raíz de ello está mi necesidad psicológica de seguridad. Ésta es una necesidad común a todos los mortales: necesitamos vivir con seguridad física y psicológica. Es una necesidad natural y sana. Sin esta seguridad sería imposible el desarrollo de la persona en sus dimensiones física, psíquica y espiritual.

Pues bien, a primera vista esta búsqueda de identificaciones proporciona seguridad, pero a la larga es una trampa, porque más que dar seguridad me produce mucha más inseguridad, ya que tengo que preservar mi identidad, y tiendo a captar cada vez más cosas que son amenazas a mi identidad, de las cuales tengo que defenderme, pudiendo llegar incluso a la violencia, si ello fuera necesario. Y creo que no exagero nada.

Un brevísimo inciso porque acaba de aparecer un asunto de muchísima relevancia, como es el tema de la **agresividad**, que trataremos más adelante, y del que ahora sólo apuntaremos que cuando la agresividad, que es toda esa energía vital que poseemos y que puede ser ambivalente (creativa o destructiva), no está bien orientada o encauzada, puede ser causa de los mayores desastres. Sólo en la medida en que vayamos conociéndonos seremos capaces de hacernos cargo de nuestra agresividad.

Fíjense cómo este problema de las identificaciones llevado a sus extremos, conduce irremediabilmente al mal de los nacionalismos, de los dogmatismos, de los fanatismos, de las guerras, incluso de las guerras santas de religión. Las identificaciones dificultan la convivencia y son un enorme obstáculo para la concordia.

Y repito lo dicho más arriba: no debemos confundir estas identificaciones de las que venimos hablando con la propia identidad. Recordar nuevamente que a la vista de lo que comentamos sobre antropología cisterciense y desde la fe, somos hijos de Dios. Toda existencia cristiana es una existencia eucarística, una vida que adquiere todo su sentido cuando se parte y se reparte en bien de los demás. Somos seres creados para la comunión; sólo esta puede ser nuestra felicidad y nuestra paz definitiva. Identidad que se manifiesta en la *voluntas communis* por la propia abnegación, para la edificación del cuerpo de Cristo. Cuerpo de Cristo que llegará a su consumación definitiva cuando todos y todas las cosas queden recapituladas en Él, y Él lo sea todo en todos.

Las identificaciones están muy relacionadas con los prejuicios, de los que ya tratamos. Tengo prejuicios porque me identifico, y todo lo que no entra en la identificación está destinado a ser objeto de desvalorización y crítica. De ahí que surjan los prejuicios hacia lo diferente.

Y este problema de las identificaciones que hemos descrito en las alturas, se producen también a ras de tierra, en la convivencia cotidiana comunitaria. Nos puede servir de ejemplo el mismo que utilizamos para los prejuicios, pero visto desde el lado de las identificaciones: ¡Cuántas veces en lugar de vernos unos a otros como hermanos (que, por cierto, como se desprende de lo comentado más arriba, es la auténtica identidad), nos vemos según nuestra identificación con tal o cual cargo, con tal o cual raza, con tal o cual edad, con tal o cual encuadre, según la etapa monástica en que se esté, etc.!

Fíjense que todas estas cosas nos dividen más que unirnos. Nos hacen ver estas diferencias accidentales (identificaciones en lugar de identidad) como oportunidad para la discordia, la exclusión y la división, y no como lo que realmente son según el prisma de la fe: como los diversos dones y carismas, como un regalo de Dios, como las múltiples facetas del único Espíritu que se derrama abundantemente en su Iglesia, en la comunidad, para la edificación del único Cuerpo de Cristo.

El siguiente cuento siempre me resulta estremecedor e iluminador cada vez que lo leo:

Aquel día, Sinclair se levantó como siempre a las siete de la mañana. Como todos los días, arrastró sus pantuflas hasta el baño y después de ducharse se afeitó y se perfumó. Se vistió con ropa a la moda, como era su costumbre, y bajó a la entrada a buscar su correspondencia. Allí se encontró con la primera sorpresa del día: ¡no había cartas!

Durante los últimos años su correspondencia había ido en aumento y era un factor importante para su contacto con el mundo. Un poco malhumorado por la noticia de la ausencia de noticias, apuró su habitual desayuno de leche y cereales (como recomendaban los médicos) y salió a la calle.

Todo estaba igual que siempre: los vehículos de costumbre transitaban las mismas calles y producían los mismos sonidos en la ciudad, que se quejaba igual que todos los días. Al cruzar la plaza, casi tropezó con el profesor Exer, un viejo conocido con quien solía conversar largas horas sobre inútiles planteamientos metafísicos. Lo saludó con un gesto, pero el profesor pareció no reconocerlo. Lo llamó por su nombre pero ya se había alejado, y Sinclair pensó que no había llegado a oírle. El día había empezado mal y parecía que empeoraba con las amenazas de aburrimiento que

flotaban en su ánimo. Decidió volver a casa, a la lectura y la investigación, para esperar las cartas que con seguridad llegarían aumentadas para compensar las no recibidas antes.

Esa noche el hombre no durmió bien y se despertó muy temprano. Bajó, y mientras desayunaba comenzó a espiar por la ventana esperando la llegada del cartero. Por fin lo vio doblar la esquina y su corazón dio un salto. Sin embargo, el cartero pasó frente a su casa sin detenerse. Sinclair salió y lo llamó para confirmar que no había cartas para él, pero el cartero le aseguró que nada había en su saco para ese domicilio y le confirmó que no había ninguna huelga de correos ni problemas en la distribución de cartas de la ciudad.

Lejos de tranquilizarlo esto le preocupó todavía más. Algo estaba pasando y tenía que averiguar de qué se trataba. Se puso una chaqueta y se dirigió a casa de su amigo Mario.

Apenas llegó, se hizo anunciar por el mayordomo y esperó en la sala de estar a su amigo, que no tardó en aparecer. Sinclair avanzó al encuentro del dueño de la casa con los brazos extendidos, pero éste se limitó a preguntar: “Perdón, señor, ¿nos conocemos?”.

El hombre creyó que era una broma y rió forzosamente presionando al otro para que le sirviera una copa. El resultado fue terrible: el dueño de la casa llamó al mayordomo y le ordenó echar a la calle al extraño, que ante tal situación se descontroló y empezó a gritar y a insultar, dando aún más motivos al fornido empleado para que lo empujara con violencia a la calle...

Camino de su casa, se cruzó con otros vecinos que lo ignoraron o actuaron con él como si fuera un extraño.

Una idea se había apoderado de su mente: había una confabulación en su contra, y él había cometido una extraña falta contra aquella sociedad, dado que ahora lo rechazaba tanto como algunas horas antes lo valoraba. No obstante, por más que pensaba, no podía recordar ningún hecho que pudiera haber sido tomado como ofensa, y menos aún alguno que involucrara a toda una ciudad.

Durante dos días más, se quedó en casa esperando correspondencia que no llegó, o anhelando la visita de alguno de sus amigos que, extrañado por su ausencia, tocara a su puerta para saber de él. Pero no pasó nada: nadie se acercó a su casa. La señora de la limpieza faltó sin avisar y el teléfono dejó de funcionar.

Entonado por una copita de más, la quinta noche Sinclair decidió ir al bar donde siempre se reunía con sus amigos para comentar las tonterías cotidianas. Apenas entró, los vio como siempre en la mesa del rincón que solían elegir. El gordo Hans contaba el mismo viejo chiste de siempre y todos lo festejaban como de costumbre. El hombre acercó una silla y se sentó. De inmediato se hizo un lapidario silencio que denotaba lo indeseable que les parecía a todos el recién llegado. Sinclair no aguantó más.

—¿Se puede saber qué os pasa a todos conmigo? Si hice algo que os molestó, decídmelo y acabemos con esto, pero no me tratéis así porque me estoy volviendo loco.

Los demás se miraron unos a otros, entre divertidos y fastidiados. Uno de ellos hizo girar su dedo índice sobre su sien, diagnosticando al recién llegado. El hombre volvió a pedir una explicación, después la suplicó y, por último, cayó al suelo implorando que le explicaran por qué le estaban haciendo aquello.

Sólo uno de ellos quiso dirigirle la palabra.

—Señor, ninguno de nosotros lo conoce, así que no nos ha hecho nada. De hecho, ni siquiera sabemos quién es usted.

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos y salió del local, arrastrando su humanidad hasta su casa. Parecía que cada uno de sus pies pesaba una tonelada.

Ya en su cuarto, se tiró sobre la cama. Sin saber cómo ni por qué, había pasado a ser un desconocido, un ausente. Ya no existía en las agendas de sus correspondientes ni en el recuerdo de sus conocidos, y menos aún en el afecto de sus amigos. En su mente aparecía un pensamiento, como un martilleo: la pregunta que los demás le hacían y que él mismo empezaba a hacerse: “¿Quién eres?”.

¿Sabía él realmente contestar esta pregunta? Él conocía su nombre, su domicilio, la talla de su camisa, su número de documento de identidad y algunos otros datos que lo definían para los demás. Pero fuera de eso, ¿quién era verdadera, interna y profundamente? Aquellos gustos y actitudes, aquellas inclinaciones e ideas, ¿eran suyos verdaderamente? ¿O eran como tantas otras cosas, un intento de no defraudar a quienes esperaban que él fuera quien había sido? Algo empezaba a estar claro: ser un desconocido lo liberaba de tener que ser de una manera determinada. Fuera como fuera, nada cambiaría en la respuesta de los demás hacia él. Por primera vez en muchos días, descubrió algo que lo tranquilizó: esto lo ponía en una situación que le permitía actuar como quisiera sin buscar la aprobación del mundo.

Respiró hondo y sintió el aire como si fuera nuevo, entrando en sus pulmones. Se dio cuenta de que la sangre le fluía por las venas, percibió el latido de su corazón y se sorprendió de que, por primera vez, **no temblaba**.

Ahora que, por fin, sabía que estaba solo, que siempre lo había estado, que sólo se tenía a sí mismo, ahora, podía reír o llorar... Pero por él, y no por los demás. Ahora, por fin, lo sabía: **su propia existencia no dependía de los demás**.

Había descubierto que le había sido necesario estar solo para poder encontrarse consigo mismo... Se durmió tranquila y profundamente y tuvo hermosos sueños. Despertó a las diez de la mañana, descubriendo que un rayo de sol entraba a esa hora por la ventana e iluminaba su cuarto de manera maravillosa.

Sin bañarse, bajó las escaleras tarareando una canción que nunca había escuchado y encontró algo debajo de su puerta: una enorme cantidad de cartas dirigidas a él.

La señora de la limpieza estaba en la cocina y lo saludó como si nada hubiera sucedido.

Y por la noche, en el bar, parecía que nadie recordaba aquella extraña noche de locura. Al menos nadie se dignó hacer ningún comentario al respecto.

Todo había vuelto a la normalidad... salvo él, por suerte, él, que nunca más tendría que rogarle a nadie que lo mirara para poder saber que estaba vivo, él, que nunca más tendría que pedirle al exterior que lo definiera, él, que nunca más sentiría miedo al rechazo. Todo era igual, salvo que aquel hombre jamás olvidaría quién era.

3.5. Las proyecciones

Damos un paso más en este recorrido a través de nuestra memoria enferma. La cuestión que sigue es muy frecuente en las relaciones comunitarias interpersonales; es el tema de las proyecciones. Las proyecciones recuerdan a las películas: es como la cinta que está en una máquina, que se llama proyector, que proyecta con la luz el contenido de la cinta en una pantalla. Algo similar ocurre con nuestras proyecciones: yo proyecto, coloco enfrente de mí, en otra persona, un contenido de mi memoria, creyendo que es suyo y no mío. El contenido de lo que proyecto puede ser de signo positivo o de signo negativo; a las proyecciones de signo positivo las llamaremos idealizaciones, y a las de signo negativo las denominaremos simplemente proyecciones negativas.

3.5.1. Las idealizaciones

Las entenderemos mejor con un ejemplo: sería el caso frecuente, que tantas veces nos ha ocurrido, cuando de buenas a primeras nos presentan a alguien, y, sin apenas conocerlo, nos hacemos una idea excelsa de su persona. La ponemos en las nubes, y, casi casi, la canonizamos subiéndola al altar. Mi imaginación se hace una idea de ella, la una persona santa y excelente. Mi capacidad para percibir algo negativo, para ser mínimamente crítico, queda anulada. ¿Qué ha sucedido? Pues, sencillamente que he proyectado en dicha persona mi propio ideal, y me he vuelto ciego para ver algo que pueda empañar esa imagen. Un ejemplo muy típico es el del enamoramiento, o el de la dependencia modélica de alguien (esa tendencia a buscar modelos, gurús, etc., con tanta facilidad).

Es bueno caer en la cuenta de algo muy simple: que yo no conozco a esa persona, por lo tanto, ¿de dónde ha salido todo lo que veo en ella? Lo que ha sucedido es que he proyectado, he puesto en esa persona lo que me gustaría ser, lo que de bueno, bello y encantador espero de una persona. Y, por supuesto, semejante proyección facilita que quiera con locura a esa persona y le muestre mi afecto. Puede llegar a ser alguien muy importante para mí, y que dependa de ella. Pero en realidad no me relaciono con ella, sino con una imagen de ella, una imagen idealizada de ella en mí.

Estas idealizaciones no son buenas ni malas, simplemente ocurren, y me invitan a establecer una relación personal y profunda. En la medida en que vaya conociendo a la persona y profundizando en cómo es, iré cayendo en la cuenta de que no responde a mi idealización y, es muy posible que mi relación con ella entre en crisis. “El que sube muy alto, tiene más probabilidades de caerse”, pero de esto hablaremos después, porque ahora lo que nos interesa señalar es cómo se produce este tipo de proyección que hemos llamado idealización. Más adelante, si hay tiempo y hablando de otros temas, veremos cómo sucede este fenómeno a lo largo de nuestra vida: en nuestros ciclos vitales, en nuestras relaciones interpersonales, en nuestra relación con la comunidad y, también, en nuestra relación con Dios.

3.5.2. La proyección negativa

Así como la idealización era una proyección positiva del ideal, en este otro tipo de proyección lo que sitúo en el otro es mi propia negatividad, todo aquello que no me gusta de mí mismo.

En las relaciones con los demás, en sus relaciones fraternas, los hermanos hacen de espejo para uno mismo. ¿Qué quiere decir esto? Que con mucha frecuencia las hermanas ponen delante de mí todo aquello que no me gusta. Cuando hay hermanas que me caen mal, que con sus comportamientos y actitudes me incomodan; cuando me obsesiono con muchas facetas de su temperamento que me resultan antipáticas y me cuesta tragarlas, es porque están reflejando cosas negativas que percibo en ellas. Pero que me fijo en ellas y las rechazo porque son cosas que también tengo yo, y de ninguna manera me gusta verlas, porque me señalan, me delatan, y por eso me incomodan y las rechazo.

Expresiones como: “no soporto lo testarudo que es fulanito” o “me molesta lo engreído que es menganito” o “estoy obsesionada con lo coqueta que es zutanita”, etc., ponen de relieve rasgos de mí mismo que no me gustan, o de los cuales carezco, y por los que me siento inferior a los demás. Muchas veces hago de todas estas cosas un auténtico drama, una tragedia que me quita la paz, que me da vueltas en la cabeza durante todo el día, y que me produce un estado de obsesión con éste o aquél hermano o hermana.

Sería muy saludable para uno mismo ir cayendo en la cuenta de todas estas situaciones, de todas estas obsesiones, que pueden transformarse en incompatibilidades, y preguntarnos con gran sinceridad: ¿por qué hago tanto problema de ello?, ¿por qué vivo tan pendiente de éste o aquél hermano?, ¿por qué doy tanto permiso a fulanito para que me amargue la vida y me obsesione tanto?

No sé si conocen ese ejemplo de una pared grande y blanca que tiene un pequeño punto negro. Hay personas que se fijan sin más en que la pared es blanca, y otras que tienen una facilidad increíble para prestar atención al pequeño punto negro que se encuentra en la gran pared blanca. O, sucede a menudo, que uno mismo, dependiendo del momento o de su estado anímico, unas veces se fija en que la pared es blanca, y otras en el pequeño punto negro de la enorme pared blanca. Sería estupendo practicar esto a modo de ejercicio, para aprender por qué unas veces nos fijamos en el punto negro y otras en la pared blanca.

Recuerden lo que hablábamos al comentar lo de las interpretaciones: lo que nos afecta no son los hechos en sí mismos, sino la interpretación que hacemos de los hechos. Unas veces interpretamos en un sentido y otras en otro. Cuando estamos bien, interpretamos positivamente: la pared está blanca; y cuando estamos mal, interpretamos negativamente: nos quedamos con que la

gran pared blanca tiene un punto negro, poniendo el acento en lo último. Esto es muy importante para que despertemos a lo que es el pan nuestro de cada día: todo es relativo, dependiendo de nuestras interpretaciones y de nuestros estados de ánimo. Confirma lo que dice la sentencia: “Nada es verdad ni es mentira, todo es según el color del cristal con que se mira”.

De eso se trata en definitiva: de las gafas que nos pongamos para mirar a los hermanos, a los acontecimientos, a la comunidad, a la iglesia, a los otros pueblos, etc. Fíjense que las cosas del reino las percibirán aquellos que tengan *ojos para ver* y *oídos para oír* (Mt.13, 16).

¿Se acuerdan de lo que dice el Evangelio: *El que es bueno, de la bondad que almacena en su corazón saca el bien, y el malo, de la maldad saca el mal; porque lo que rebosa del corazón lo habla la boca?* (Lc 6, 45). Si en tu corazón hay luz, todo será luminoso; si en tu corazón hay oscuridad, todo será tinieblas.

Esta cuestión del *corazón* es una cuestión fundamental y decisiva si queremos llevar una vida dichosa. Vamos muy mal encaminados si siempre esperamos que sean los demás los que tenga que cambiar, la realidad que nos rodea la que tenga que transformarse. Como si todo dependiera de los demás, de la sociedad, de la comunidad, de la Iglesia, etc. Y no podemos olvidar nunca que la llamada del Evangelio es una llamada personal, una llamada a la conversión del corazón. Si esperamos que cambien los demás, que cambie nuestro entorno, entonces estamos equivocados. Además esto es un escape, una forma evasiva de afrontar la vida, que elude a toda costa la propia responsabilidad.

Cuando uno tiene el corazón de Dios, ve las cosas según Dios, tal como las ves Dios mismo, con luminosidad, bondad, benevolencia, tolerancia, misericordia... Cuando uno tiene el corazón de Dios es cuando consigue ver desde su verdad genuina y auténtica, ve la verdad de las cosas, tiene la visión de los hijos de Dios. Otra sentencia de gran sabiduría que viene a decir lo mismo es aquélla de que “es más fácil calzarse unas zapatillas, que alfombrar toda la tierra”.

Ya va siendo hora de que dejemos de quejarnos, de que enchufemos siempre la responsabilidad a los demás, de hacerlo depender todo de afuera. En el fondo es la actitud del ciego que está ofuscado por el orgullo y la altanería. Por lo tanto, es hora de hacernos cargo de nuestras propias vidas, de responsabilizarnos, de ser agentes constructivos y transformadores de la realidad. Y esto sólo es posible cuando se hace la luz en el propio corazón para verlo todo iluminado.

Vamos a divertirnos ahora con dos hermosos cuentos que hablan, precisamente, de la diferencia entre el corazón de Dios y el nuestro:

El primero:

El cuento trata de un difunto. *Ánima bendita* camino del cielo donde esperaba encontrarse con Tata Dios para el juicio sin trampas y a verdad desnuda. Y no era para menos, porque en la conciencia, a más de llevar muchas cosas negras, tenía muy pocas positivas para hacer valer. Buscaba ansiosamente aquellos recuerdos de buenas acciones que había hecho en sus largos años de usurero. Había encontrado en los bolsillos del alma unos pocos recibos: “que Dios se lo pague”, medio arrugados y amarillentos por lo viejo. Fuera de eso, bien poco más. Perteneecía a los ladrones de levita y galera, de quienes comentó un poeta: “No dijo malas palabras, ni realizó cosas buenas”. Parece que en el cielo las primeras se perdonan y las segundas se exigen. Todo esto lo veía clarito. Pero ya era tarde. La cercanía del juicio de Tata Dios lo tenía a muy mal traer.

Se acercó despacito a la entrada principal, y se extrañó mucho de ver que allí no había que hacer fila. O bien no había demasiados clientes o quizás los trámites se realizaban sin complicaciones.

Quedó realmente desconcertado cuando se percató no sólo de que no se hacía fila sino de que las puertas estaban abiertas de par en par, y además no había nadie para vigilarlas. Golpeó las manos y gritó el Ave María Purísima. Pero nadie le respondió. Miró hacia adentro, y quedó maravillado de la cantidad de cosas lindas que se distinguían. Pero no vio a ninguno. Ni ángel, ni santo, ni nada que se le pareciera. Se animó un poco más y la curiosidad lo llevó a cruzar el umbral de las puertas celestiales. Y nada. Se encontró perfectamente dentro del paraíso sin que nadie se lo impidiera.

–¡Caramba –se dijo– parece que aquí deben ser todos gente honrada! ¡Mira que dejar todo abierto y sin guardia que vigile!

Poco a poco fue perdiendo el miedo, y fascinado por lo que veía se fue adentrando por los patios de la Gloria. Realmente una preciosura. Era para pasarse allí una eternidad mirando, porque a cada momento uno descubría realidades asombrosas y bellas.

De patio en patio, de jardín en jardín y de sala en sala se fue internando en las mismas mansiones celestiales, hasta que desembocó en lo que tendría que ser la oficina de Tata Dios. Por supuesto, estaba abierta también ella de par en par. Titubeó un poquito antes de entrar. Pero en el cielo todo termina por inspirar confianza. Así que penetró en la sala ocupada en su centro por el escritorio de Tata Dios. Y sobre el escritorio estaban sus anteojos. Nuestro amigo no pudo resistir la tentación –santa tentación al fin– de echar una miradita hacia la tierra con los anteojos de Tata Dios. Y fue ponérselos y caer en éxtasis. ¡Que maravilla! Se veía todo clarito y patente. Con esos anteojos se lograba ver la realidad profunda de todo y de todos sin la menor dificultad. Pudo mirar lo profundo de las intenciones de los políticos, las auténticas razones de los economistas, las tentaciones de los hombres de Iglesia, los sufrimientos de las dos terceras partes de la humanidad. Todo estaba patente a los anteojos de Dios, como afirma la Biblia.

Entonces se le ocurrió una idea. Trataría de ubicar a su socio de la financiera para observarlo desde esta situación privilegiada. No le resultó difícil conseguirlo. Pero lo agarró en un mal momento. En ese preciso instante su colega estaba estafando a una pobre mujer viuda mediante un crédito bochornoso que terminaría de hundirla en la miseria por *secula seculorum*. (En el cielo todavía se entiende latín). Y al ver con meridiana claridad la cochinateda que su socio estaba por realizar, le subió al corazón un profundo deseo de justicia. Nunca le había pasado en la tierra. Pero, claro, ahora estaba en el cielo. Fue tan ardiente este deseo de hacer justicia, que sin pensar en otra cosa, buscó a tientas debajo de la mesa el banquito de Tata Dios, y revoleándolo por sobre su cabeza lo lanzó a la tierra con una tremenda puntería. Con semejante teleobjetivo el tiro fue certero. El banquito le pegó un formidable golpe a su socio, tumbándolo allí mismo.

En ese momento se sintió en el cielo una gran algarabía. Era Tata Dios que retornaba con sus angelitos, sus santas vírgenes, confesores y mártires, luego de un día de picnic realizado en los collados eternos. La alegría de todos se expresaba hasta por los poros del alma, haciendo una batahola celestial.

Nuestro amigo se sobresaltó. Como era pura alma, el alma no se le fue a los pies, sino que se trató de esconder detrás del armario de las indulgencias. Pero ustedes comprenderán que la cosa no le sirvió de nada. Porque a los ojos de Dios todo está patente. Así que fue no más entrar y llamarlo a su presencia. Pero Dios no estaba irritado. Gozaba de muy buen humor, como siempre. Simplemente le preguntó qué estaba haciendo.

La pobre alma trató de explicar balbuceando que había entrado en la gloria, porque estando la puerta abierta nadie le había respondido y él quería pedir permiso, pero no sabía a quién.

–No, no –le dijo Tata Dios– no te pregunto eso. Todo está muy bien. Lo que te pregunto es lo que hiciste con mi banquito, donde apoyo los pies.

Reconfortado por la misericordiosa manera de ser de Tata Dios, el pobre tipo fue animado y le contó que había entrado en su despacho, había visto el escritorio y encima los anteojos, y que no había resistido la tentación de colocárselos para echarle una miradita al mundo. Que le pedía perdón por el atrevimiento.

–No, no –volvió a decirle Tata Dios–, todo eso está muy bien. No hay nada que perdonar. Mi deseo profundo es que todos los hombres fueran capaces de mirar el mundo como yo lo veo. En eso no hay pecado. Pero hiciste algo más: ¿Qué pasó con mi banquito donde apoyo los pies?

Ahora sí el ánima bendita se encontró animada del todo. Le contó a Tata Dios en forma apasionada que había estado observando a su socio justamente cuando cometía una tremenda injusticia y que le había subido al alma un gran deseo de justicia, y que sin pensar en nada había manoteado el banquito y se lo había arrojado por el lomo.

–¡Ah, no! –volvió a decirle Tata Dios–, ahí te equivocaste. No te diste cuenta de que si bien te habías puesto mis anteojos, te faltaba tener mi corazón. Imagínate que si yo cada vez que veo una injusticia en la tierra me decidiera a tirarles un banquito, no alcanzarían todos los carpinteros del universo para abastecerme de proyectiles. No, mi hijo, no. Hay que tener mucho cuidado con ponerse mis anteojos, si no se está bien seguro de tener también mi corazón. Sólo tiene derecho a juzgar, el que tiene el poder de salvar. Vuélvete ahora a la tierra. Y en penitencia, durante cinco años reza todos los días esta jaculatoria: “Jesús, manso y humilde de corazón, dame un corazón semejante al tuyo”.

Y el hombre se despertó todo transpirado, observando por la ventana entreabierta que el sol ya había salido y que afuera cantaban los pajaritos.

Hay historias que parecen sueños. Y sueños que podrían cambiar la historia.

¡Cuántas veces nos pasa, y más cuando peor nos encontramos, que tenemos un campo de visión amplísimo como el que pueden proporcionarnos *los anteojos de Tata Dios*, pero lo que precisamente nos falta es lo que de verdad necesitamos: *el corazón benevolente y misericordioso de Tata Dios!*

El segundo:

Cierta vez, una mujer que suponía estar teniendo visiones de Dios fue a pedir consejo al Obispo. Él le recomendó:

–Usted puede estar creyendo en ilusiones. Debe entender que, como Obispo de la diócesis, yo soy quien puede decidir si sus visiones son verdaderas o falsas.

–Sí, Excelencia.

–Ésa es mi responsabilidad, es mi deber.

–Perfectamente, Excelencia.

–Entonces, deberá hacer lo que le ordene.

–Lo haré, Excelencia.

–Entonces escuche: le próxima vez que Dios se le aparezca, como dice que se le aparece, usted hará un test, por el cual sabrá si es realmente Dios.

–De acuerdo, Excelencia. Pero, ¿cómo es el test?

–Diga a Dios: “Por favor, revéleme los pecados personales y privados del señor Obispo”. Si es Dios el que se le aparece, Él le revelará mis pecados. Después vuelva aquí y cuénteme, y a nadie más. ¿Está bien?

–Así lo haré, Excelencia.

Después de un mes, ella pidió una entrevista con el Obispo, quien le preguntó.

–¿Dios se le apareció de nuevo?

–Creo que sí, Excelencia.

–¿Le hizo la pregunta que le ordené?

–¡Por cierto, Excelencia!

–¿Qué dijo Dios?

–Dios me dijo: “¡Ve a comunicarle al Obispo que me olvidé de todos sus pecados!”.

En mi mayor o menor experiencia de vida monástica, y durante los 13 años que estuve en el cargo de maestro de novicios, he ido comprobando que, independientemente del proceso personal de cada aspirante a la vida monástica, tiene que llegar un momento en el que el monje debe tomar la vida en sus manos, hacerse cargo de su vida y responsabilizarse. Mientras el novicio o el profeso hagan depender la buena marcha de su vida y de su vocación de la comunidad, o de las hermanas, o de los superiores, o del formador; mientras sigan considerándose víctimas de la comunidad;

mientras dejen de lado su conversión personal con la excusa de que son los demás quienes deben convertirse; mientras dependan de la santidad de los otros para empezar a ser santos...entonces no habrá nada que hacer.

Es necesario que llegue el momento en que tengo que hacer depender las cosas de mí: no debe importarme ya cómo son o debieran ser los demás; lo único que debe importarme es mi propia conversión, lo que debo hacer, lo que está en mi mano. Recordar una y otra vez: “es más fácil calzarse unas zapatillas, que alfombrar toda la tierra”.

Se hace imprescindible cambiar el sentido de mi mirada, de mis expectativas. Se debe producir una vuelta al corazón, a la escucha del interior, y dejar de vivir pendientes de lo externo. Porque la comunidad marchará mejor si yo comienzo a cambiar; la comunidad será más santa, si yo, antes que ponerme “los anteojos de Dios”, descubro la misericordia de Dios en mí. Es la única manera de ser miembro de una comunidad reunida en el nombre del Señor.

Quien no dé este paso no tiene aptitudes para vivir en una comunidad monástica, porque no vale para ser monje. Acabará marchándose diciendo que “no hay quien viva en esta comunidad”. Y si permanece en la comunidad, será una persona rencorosa, negativa, amargada, quejosa e insoportable...y la comunidad dará una vez más testimonio de acogida y misericordia. ¡Tenemos que dar muchas gracias a Dios por la acogida y la misericordia de nuestras comunidades monásticas!

¡Qué curioso! ¡Con qué poco, solamente con esta vuelta hacia sí mismo, con este cambio tan pequeño pero tan substancial, se puede convertir a nuestros ojos la comunidad pecadora en una comunidad santa!

Y pueden estar seguros de que cuando se mira a los hermanos con el corazón de Dios, cuando uno se ha calzado las zapatillas, se produce una auténtica transformación: sólo con ver las cosas transformadas, porque los ojos están limpios, la realidad también se transfigura.

Ahora bien, esto que estoy diciendo, tan bonito, que puede parecer sencillísimo, supone un arduo trabajo diario, constante; supone ponerse continuamente en situación de vigilancia, de escucha, de atención; requiere abandonarse en las manos de Dios, en sus juicios y criterios. Hablaremos extensamente de ello cuando abordemos la oración y la meditación, e insistiremos en que, en definitiva, no es obra de nuestras manos, sino puro don de la infinita misericordia de Dios.

3.6. Las comparaciones

¡Con qué facilidad nos comparamos! ¿Han hecho la prueba de estar atentas a ustedes mismas, de prestar atención a esta cuestión de la comparación? Se quedarían pasmadas de las veces en que se sorprenderían comparándose. ¿A qué me refiero cuando hablo de comparación? Me refiero al hecho de estar midiéndome con los demás. Me comparo con fulanita que es más guapa que yo. Me comparo con menganita que es más inteligente, o con zutanita que es más habilidosa, o con la otra que canta mejor, o con aquélla que es más querida por la abadesa, etc.

O también puedo compararme en el sentido inverso: me comparo con ésta que es menos limpia, o con aquélla que es menos fervorosa, o con la otra que es menos... El caso es medirse con “el más o con el menos”: soy más que ésta o menos que la otra. ¿Por qué este prurito de medirse o compararse? ¿Por qué necesito medirme o compararme? ¿No será porque creo que valgo más o valgo menos en la medida en que mido más o mido menos que la hermana?

La hermana María es una cantora estupenda que canta objetivamente bien. Pero mañana llega al monasterio la hermana Teresa que canta mejor que la hermana María, y entonces...la hermana María piensa que no vale para nada o que ya no vale tanto como antes. Sucede algo así como que la presencia de la hermana Teresa hace sentir a la hermana María que le ha quitado valor. O bien otro ejemplo: la hermana Isabel se compara con la hermana Inés en el trabajo, y piensa que vale más que ésta porque se da cuenta de que al trabajar juntas hace siempre los trabajos más rápidamente que ella. ¿Se dan cuenta de que el problema estriba en que estas hermanas hacen depender su valía de las demás, de su aprobación, de la comparación?

El valor de una persona no está fuera de ella misma, ni le viene de afuera; el valor de una persona radica en ella, está en ella misma. Da lo mismo que la hermana Teresa cante mejor que la hermana María, o que nadie me diga que canto bien, porque eso no va a añadir ni a quitar nada a la calidad de mi canto. El que las demás hagan mejor o peor que yo las cosas, no va a añadir ni a quitar nada al valor de mis actos, y mucho menos a lo que yo soy.

Cuando tengo esta tendencia a compararme o a medirme compulsivamente es porque en realidad me concedo muy poco valor a mí misma por ser quien soy y, por lo tanto, hago depender el valor de los demás. Mi vida queda como hipotecada a los acontecimientos externos, y a lo que crean, piensen, digan, o sientan los demás: puedo, de repente, pasar de estar alegre a estar triste, simplemente porque la hermana portera no me ha sonreído, o porque la abadesa no me ha mirado al pasar junto a mí. ¡Hasta qué punto mi vida puede depender de los demás!

Cada persona es única e irrepetible. Yo soy único e irrepetible en toda la historia del mundo. Soy único e irrepetible a los ojos de Dios, y valgo lo que valgo por lo que soy, por el mero hecho de existir, por mí mismo, por el valor que Dios me da: *Tú eres de gran precio a mis ojos, eres valioso, y yo te amo* (Is 43, 4) (Cuántas veces tendríamos que repetirnos esto mismo cada vez que nos comparamos con los demás: *Tú eres de gran precio a mis ojos, eres valioso, y yo te amo*).

Es cierto que una necesidad psicológica fundamental que tenemos todos los seres humanos es la del *reconocimiento*, es decir, la de sabernos y sentirnos importantes y queridos por los demás. Y esto es particularmente importante en comunidad. El reconocimiento tiene sus manifestaciones y expresiones en las llamadas “caricias psicológicas”.

Con mucha facilidad expresamos a las hermanas lo feo, lo malo, lo que no me gusta...pero qué pocas veces nos decimos lo bueno, lo agradable, lo bien que hacen las cosas. Ésta tarea sería muy productiva y generadora de fraternidad en la comunidad: practicar las “caricias psicológicas”, hacer más hincapié en las expresiones positivas que en las negativas. De todo esto hablaremos más adelante, cuando tratemos de las relaciones fraternas.

Pero incluso sabiendo la necesidad que todos tenemos de **reconocimiento**, no podemos hacer depender nuestra felicidad, nuestro bienestar, nuestros estados anímicos, nuestra vida, de expresiones de **reconocimiento**. “Si lo tengo, fenomenal; pero si no lo tengo, también muy bien. Mi vida no puede depender de que me reconozcan o no me reconozcan”.

Como ven, al caer en la cuenta de todo esto me siento conducido a no buscar el reconocimiento en los demás, sino solamente en Dios.

Continuará

*Monasterio de Santa María, de Sobrado
15813 Sobrado de los monjes (La Coruña)
España*